

Hubo una vez
una guerra
John Steinbeck



Dividida en tres partes que se corresponden a los tres escenarios en los que Steinbeck trabajó como corresponsal de guerra (Inglaterra, norte de África e Italia), y precedidos de una introducción del autor escrita con la distancia del tiempo, esta obra recoge, tal como fueron escritos en su momento, los mejores artículos publicados en el *New York Herald Tribune*. Combina textos dedicados a personajes singulares que sólo surgen en una guerra, con otros dedicados a ciudades y batallas, pero siempre teniendo muy en primer plano la vivencia humana, las consecuencias de la guerra en el sentir de los hombres que la protagonizan o son sus víctimas. Y es además una reivindicación de la tarea de reportero y del corresponsal de guerra.

«Si alguien ha olvidado lo que fue la guerra, Steinbeck le refrescará la memoria. Su estilo es inolvidable.»

Chicago Tribune

El nombre de John Steinbeck ha quedado asociado en la historia de la literatura a grandes novelas en las que puso de manifiesto una extraordinaria agudeza y sensibilidad para captar la esencia del comportamiento humano, y novelas como *De ratones y hombres*, *Las uvas de la ira*, *La perla* o *Al este del Edén* se han convertido ya en clásicos indiscutibles. Sin embargo, menos conocida es su faceta como reportero y articulista, que tanta importancia tuvo en la configuración de su estilo y que en *Hubo una vez una guerra* alcanza sus más altas cotas de brillantez.

Publicados originalmente en el *New York Herald Tribune* a lo largo de 1943, los textos reunidos por el propio autor en este libro nos ofrecen una impresionante imagen de la vida cotidiana en una Inglaterra sometida a demolidores bombardeos, en un norte de África dominado por la corrupción

y en una Italia que las tropas nazis se resisten a abandonar, mientras la población civil intenta tímidamente recuperar la normalidad. Además de ofrecernos algunas claves del realismo de Steinbeck, no hay duda de que *Hubo una vez una guerra* constituye uno de los libros más veraces y sinceros que se han escrito nunca sobre la segunda guerra mundial.

INTRODUCCIÓN

Hubo una vez una guerra, pero hace tanto tiempo y ha sido desplazada de la memoria por tantas otras guerras y de tantas clases que quizás incluso quienes estuvieron allí la hayan olvidado. Me refiero a una guerra posterior a las armaduras y espadas de Crécy y Angincourt y un poco anterior al pequeño escupitajo de bombas atómicas experimentales en Hiroshima y Nagasaki.

Participé en parte de esa guerra; puede decirse que estuve allí de visita, pues fui en calidad de corresponsal de guerra y, ciertamente, no entré en combate; aunque tal vez no me convenga recordarla demasiado. Releer esos viejos reportajes me conduce a un intenso estado de excitación y me devuelve emociones e imágenes que creía olvidadas para siempre.

Quizá sea bueno, incluso necesario, olvidar los accidentes, y las guerras no son sino accidentes a los que nuestra especie parece muy propensa. Sería interesante mantener vivo el recuerdo de los accidentes si de ellos aprendemos algo, pero no aprendemos. En la antigua Grecia, se decía que era necesaria una guerra por lo menos cada veinte años para que todas las generaciones supieran lo que es. Sin embargo, nosotros olvidamos, o nunca hubiéramos caído de nuevo en ese sanguinario disparate.

La guerra a la que me refiero fue la última de las de su especie, lo que quizá la convierta en memorable. Nuestra Guerra Civil ha sido llamada «la última guerra entre caballe-

ros»; la segunda guerra mundial será, con toda seguridad, la última de las guerras mundiales de larga duración. La próxima, si somos tan estúpidos para permitir que se produzca, será la última de todas. No habrá nadie que pueda recordar. Y si somos tan estúpidos no merecemos, en un sentido biológico, sobrevivir. Muchas especies han desaparecido de la faz de la tierra debido a mutaciones; no hay, por tanto, razón para creer que los hombres estemos inmunizados contra la implacable ley de la naturaleza que dicta que el armamento excesivo, la ornamentación superflua e incluso, en muchos casos, la integración excesiva son síntomas que anuncian la extinción de una especie. Mark Twain, en *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, emplea la posible e hiriente paradoja del vencedor destruido por el peso de su vencido muerto.

Pero todo esto es una simple conjetura. Lo curioso es que el recuerdo de la guerra en la que yo estuve resulta para mí tan irreal como una conjetura. Mi amigo Jack Wagner estuvo en la primera guerra mundial. Su hermano Max, en la segunda. Jack, en defensa de la guerra que él conoció, se refiere a ella como la Gran Guerra, para disgusto de Max. Por supuesto, la Gran Guerra es la que cada uno conoce.

Pero ¿la recuerda usted? ¿Recuerda los terrores, las esperanzas, el miedo, e incluso, sí, las alegrías que sin duda experimentó durante ella? Me gustaría saber cuántos de los hombres que estuvieron en esa guerra la recuerdan bien.

No leía estos reportajes desde que fueron escritos de prisa y corriendo, y transmitidos por teléfono con urgencia a través del mar para que llegaran a tiempo a la última edición del *New York Herald Tribune* y otros muchos periódicos. Así era como escribía su libro acerca de la guerra un corresponsal, pero yo me resistía a ello, pensando, o asegurando pensar, que sólo las historias que tienen algún valor veinte años después merecen ocupar las páginas de un periódico cuando éstas amarillean. Lo que me ha movido a

reunir estos textos no ha sido esa consideración. Al releerlos después de tanto tiempo, me doy cuenta no sólo de cuánto he olvidado, sino también de que son testimonio de una época, de que hay en ellos actitudes que han envejecido, impulsos románticos, y, a la luz de todo lo que ha sucedido después, quizás el conjunto resulte no del todo verdadero y escorado hacia un lado.

Los acontecimientos que aquí se narran sucedieron. Pero relejendo los reportajes vienen a mi memoria otros que igualmente sucedieron y no consigné. En algunos casos fue una cuestión de órdenes, en otros de tradición, y en muchos otros porque existía una cosa llamada «esfuerzo de guerra». Y todo lo que interfiriera en ese esfuerzo era, sin discusión posible, malo. Al corresponsal se le permitía una gran libertad de criterio; pero siempre, para juzgar sus artículos, estaban los censores, el mando militar, los periódicos mismos y, finalmente, los más duros de todos, los civiles ocupados en asuntos militares —los comandos del Club Stork, los del *Time Magazine*, los del *The New Yorker*—, para ponerlo en cintura o, en otro caso, apartarlo de sus funciones. Había grupos de ciudadanos que contribuían con tácticas y logísticas; había organizaciones de madres para velar por la moral, y por moral entiendo no sólo la moral sexual sino también otras cosas, como el juego y, en general, los malos hábitos. El secretismo campaba a sus anchas. Tal vez nuestra total e insufrible obsesión con el secretismo durante los últimos veinte años naciera en ese período. Al principio era una cosa razonable y legítima: el miedo a que se divulgaran las fechas en que iban a zarpar los barcos cargados de tropas; los submarinos del enemigo estaban al acecho. Pero esa misma obsesión se extendió hasta el punto de que hechos de fácil conocimiento en cualquier biblioteca pública se convirtieron en secretos escrupulosamente guardados, mientras que, paradójicamente, el secreto más cuidadosamente guardado era de dominio público.

No pretendo indicar que al corresponsal se le obligara a seguir unas pautas de conducta. Generalmente, él llevaba su propio libro de pautas en la cabeza, pautas entre las que se incluían algunas creadas por él mismo, en interés del esfuerzo común. Cuando The Viking Press decidió editar estos reportajes en forma de libro, me sugirieron que, no existiendo ya razón para ello, se suprimiera el «En algún lugar de...» con que iniciaba todos mis partes de corresponsalía, sustituyéndolo por los lugares exactos en que la acción ocurrió. Esto es imposible. Fue todo tan secreto que ni yo recuerdo dónde sucedieron los hechos que relato.

Las normas, algunas impuestas y otras autoimpuestas, quizás hoy resulten divertidas. Procuraré recordar algunas de ellas. No había cobardes en el Ejército norteamericano, y los más valientes de los valientes eran los soldados de infantería. La razón es obvia: a la infantería le estaba encomendado el trabajo más sórdido, más fatigoso y de más ínfima recompensa de toda la guerra. Además de peligrosas y sucias, muchas de las cosas que tenía que hacer la infantería eran estúpidas. Pero el soldado de infantería debía entender que aquellas cosas que sabía que eran estúpidas eran también necesarias y sensatas, y al hacerlas se convertía en un héroe. Por supuesto, a nadie se le ocurría mencionar el hecho de que el soldado de infantería no tenía elección. Si algún infante pretendía elegir, o era ejecutado inmediatamente o enviado a presidio para el resto de su vida.

En segundo lugar, no tuvimos jefes crueles ni ambiciosos ni ignorantes. Si llegamos a la locura que, por doquier, se enseñoreó de la guerra, no fue producto del azar, sino de una estrategia que nos llevaría a la victoria.

Una tercera norma sorprendente es que, durante la guerra, cinco millones de hombres y muchachos perfectamente normales, jóvenes y sanos perdieron de pronto su interés por las chicas. El que alguno de ellos tuviera imágenes de jóvenes desnudas, los populares *pin-ups*, era impensable.

La convención se hizo ley. Cuando la Armada solicitó X millones de anticonceptivos, tuvo que poner por escrito que serían usados para proteger las cajas de armas ligeras (y no dudo que alguien los usara para eso).

Puesto que nuestros ejércitos, como todos, estaban compuestos de buenos y malos, guapos y feos, crueles y corteses, fuertes y débiles, esta convención de general nobleza puede que parezca haber sido difícil de mantener; y sin embargo no lo fue. Fuimos todos una sola pieza del vasto engranaje que precisaba la guerra. Poco a poco asumimos que conocer la verdad acerca de algo era automáticamente un secreto, que no podía airearse sin perjuicio. Por eso no creo que los corresponsales fueran embusteros. No lo eran. Todo cuanto se cuenta en este libro sucedió. Es en las cosas que no se cuentan donde reside la falsedad.

Cuando el general Patton abofeteó a un soldado enfermo en el hospital; cuando nuestra armada abandonó en Gela a cincuenta y nueve de nuestros propios hombres, el mismísimo general Eisenhower pidió a los corresponsales de guerra que no enviaran estas informaciones porque podían afectar a la moral del pueblo. Y los corresponsales no las enviaron. Por supuesto que el Ministerio de Guerra hizo pública alguna noticia a través de algún periodista local, pero en esta pequeña traición no intervino ninguno de los presentes en el campo de batalla.

Para contrarrestar esta falta de información, nacieron y se publicaron las más extrañas historias. Una de las más originales se refería a un coronel o general de las fuerzas aéreas, de quien se decía que odiaba la inactividad en la base y que deseaba de todo corazón volar con sus «chicos» en misión de guerra sobre Alemania; que prefería el combate a la inactividad. No sé de dónde surgiría el rumor, pero no parece el comentario de alguien alistado. La verdad es que jamás encontré una tripulación de bombardero que no estuviera en vuelo continuo. Y, mucho menos, una tripulación que prefiriera volar en misión de guerra a estar relativamen-

te tranquila en la base. No niego que existiera un poco de desenfreno, pero nadie estaba tan loco.

Hojeando estos viejos reportajes, advierto que a menudo los censores intervinieron en ellos. No tengo ni idea de qué informaciones exactamente fueron suprimidas. A los corresponsales no les convenía tener pependencias con los censores, debían velar por su puesto de trabajo, además de que no sabían si una información que intentaran dar iba a volverse contra ellos. Y, ante la duda, el censor suprimía. Los censores de la Armada eran particularmente sensibles a los topónimos, tuvieran, en realidad, alguna importancia militar o no. Era el camino más seguro. En una ocasión, har-to ya de la censura, mandé, empleando frases de Heredo-to, noticias de los acontecimientos de la batalla de Salami-na entre los griegos y los persas, batalla ocurrida allá por el año 480 a. C., y como mi información estaba llena de topó-nimos, aunque clásicos, los censores de la Armada se car-garon toda la historia.

Jamás supimos exactamente a qué atenernos en cuanto a la observancia de las reglas que nos imponía la censura; sabíamos, por supuesto, que buena parte de esas reglas eran arbitrarias. Pero cuando empezábamos a poder prever, de una forma cierta, qué se nos iba a admitir y qué a dese-char, se cambiaba a los censores y teníamos que volver a empezar.

Los corresponsales formaban una pandilla de gente cu-riosa, loca pero responsable. Las tropas, por su naturaleza y sus deberes, eran propensas a cometer errores, errores que solían ocultarse o minimizarse en los partes oficiales. En consecuencia, los jefes militares se ponían un poco nervio-sos ante los corresponsales, especialmente ante los exper-tos. Porque muchos de ellos habían vivido más guerras que cualquiera de los militares. Capa, por ejemplo, había esta-do en la guerra de España, en la de Etiopía, en la del Pacífi-co... Clark Lee había estado en Corregidor y, antes, en el Japón. Pero, aunque al ejército no le gustaran mucho los

corresponsales de guerra, nada podía hacer contra ellos, pues eran el nexo de unión con el público. Además, muchos de ellos habían llegado a ser conocidísimos y contaban con multitud de seguidores. Eran conocidos en todo el país. Muchos de ellos habían establecido sus métodos y estilos propios. Algunos incluso habían llegado a *prima donna*, pero no muchos. Ernie Pyle era tan popular y tan querido por los lectores estadounidenses que su prestigio superaba al de muchos generales.

A ese grupo de curtidos profesionales me uní yo como un rezagado, una vaca sagrada, poco menos que un turista. Creo que todos ellos sintieron que yo me estaba metiendo en sus duramente ganados dominios. Sin embargo, cuando descubrieron que no copiaba sus trabajos, que no relataba noticias exóticas o de poca importancia, empezaron a portarse amablemente conmigo y, en ocasiones, llegaron a dejar su labor para ayudarme e instruirme en las materias que yo no conocía. Por ejemplo, Capa me dio el mejor consejo de combate que jamás haya oído. Fue: «Quédate donde estás. Si no te han acertado es porque no te han visto». Después Capa tuvo que desplazarse al Vietnam y pasear por un terreno minado, justo cuando estaba a punto de retirarse de tan terrible y arduo trabajo. Y Ernie Pyle murió durante lo que había previsto como su última misión.

Todos teníamos nuestros pequeños trucos. Leyendo estos viejos fragmentos recuerdo uno muy mío. Nunca admití haber visto algo yo mismo. Describiendo una escena, la ponía siempre en boca de algún otro. He olvidado por qué, pero lo hacía. Quizá pensaba que mis palabras serían más creíbles en boca de otro. O es posible que me sintiera un intruso en la guerra y estuviera un poco avergonzado de encontrarme allí. Sí, tal vez me avergonzaba el hecho de que yo podía regresar a casa, y los soldados, no. Pero a menudo no era seguro ni confortable el ser corresponsal. Gran parte de los servicios a que se nos destinaba eran de abastecimiento y transporte y trabajos de oficina. Incluso

las unidades de combate tenían un período de descanso una vez completada la misión. Sin embargo, los corresponsales de guerra empezaban pronto a impacientarse si no se hallaban cerca de donde sucedían las cosas. El resultado era que en favor de los corresponsales jugaba mucho la casualidad. Si usted detenía a un corresponsal largo tiempo e intentaba tener noticias de lo que estaba ocurriendo, sólo por azar lo conseguiría. Leyendo estos reportajes, me aterra la cantidad de corresponsales que han muerto. Sólo un puñado de estos alegres espíritus, que asistieron a noches horribles y llenaron los días de lamentos, siguen vivos.

Pero, volviendo a las convenciones, era el modo en que se manifestaba el miedo que uno sentía constantemente. Supongo que yo también lo sentía, y que se reflejaba en mi estilo. Deduzco que las convenciones contribuían a demostrar cuán valientes eran los soldados; pero los soldados, al fin y al cabo, eran tan valientes y tan cobardes como lo pueda ser cualquiera.

Nosotros nos corregíamos tanto como nos corregían. Nos sentíamos responsables de lo que ocurría en el frente. Reinaba un sentimiento general de protección hacia nuestro Ejército y de que la verdad podía provocar el pánico. Pensábamos que debíamos proteger de toda crítica a los servicios armados o regresarían a su tienda malhumorados, como Aquiles. Pensábamos que, de no hacerlo así, podían enojarse.

La autodisciplina, la autocensura, entre los corresponsales de guerra era ciertamente moral y patriótica, pero era también práctica desde el punto de vista de la autoconservación. Había algunos temas tabú. Había personas que no podían ser criticadas ni interrogadas. El necio redactor que rompiera con las reglas no vería publicados sus artículos y, además, sería echado del escenario de la guerra por el comandante; un corresponsal en tales condiciones queda completamente sin trabajo a los pocos días de adentrarse por esos senderos.

Nosotros sabíamos, por ejemplo, que un famosísimo general cambiaba constantemente de agentes de prensa para no verse tan a menudo en los titulares de los periódicos. Conocíamos al jefe que separó de sus funciones a un sargento del cuerpo de señales porque lo halló fotografiando su lado malo. Diversos oficiales del campo también fueron separados de sus funciones debido a la envidia de sus superiores, que los veían admirados, según ellos en exceso, por los redactores. Hubo interminables listas de enfermos que no fueron sino gigantescos juegos de manos, espectaculares convenios entre el Ejército y la WAAC; dimisiones médicas por estupidez; brutalidad; cobardía e incluso desviación sexual. No conozco a un solo redactor que hiciera uso de alguna de estas informaciones. Dejando al margen la moral del tiempo de guerra, habría sido un suicidio profesional el hacerlo. El único hombre que disparó el fusil y defendió el armisticio fue hundido en su profesión en la guerra y obligado a dejar su carrera.

Sí, ciertamente, nosotros escribimos sólo una parte de la guerra. Pero en aquel tiempo estábamos convencidos de que era lo mejor que podíamos hacer. Seguramente porque siempre que, con la guerra aún auestas, algún ex soldado escribió alguna novela, o simples relatos singulares como *Los desnudos y los muertos*, lo hizo mostrando el lado terrible del conflicto, y el público, cuidadosamente protegido hasta entonces del contacto con la fea realidad, se indignaba.

De todas formas, no nos faltaba material. Había una extraordinaria superabundancia de heroísmo, inteligencia y bondad acerca de los que escribir. Y quizás incluso fuimos buenos eliminando ciertas partes del cuadro. En efecto, si hubiéramos enviado ciertas noticias que sabíamos, el confusionismo habría cundido hasta límites peligrosos. Para cualquier egoísmo había un Bradley, y para la excesiva propaganda militar había un verdadero gran hombre, como Terry Alien, además del propio general Roosevelt; mientras

que en las filas había genuinos héroes, hombres buenos e inteligentes que conocían o creían conocer por qué luchaban y no se preocupaban de todo lo demás.

Profesionalmente, todos los corresponsales de guerra eran, en mi opinión, hombres de elevada moral y completamente responsables, muchos de ellos muy valientes, y todos, entregados por completo a su misión. Supongo que no éramos ni mejores ni peores que cualquier oficial o cualquier soldado. Sólo que teníamos más libertad que ellos. Se nos distinguía con grados ficticios, que iban desde capitán hasta teniente coronel, cosa que nos permitía comer del rancho de los oficiales, al que no tenían acceso los hombres alistados, sin que eso nos impidiera sentarnos a la mesa de éstos, cosa no permitida a los oficiales. Recuerdo un baile para oficiales celebrado en el norte de África, una cosa aburrida y fría. Los oficiales bailaban mecánicamente con jóvenes militarizadas y a los acordes de viejos discos que giraban sobre un viejo gramófono de cuerda. Mientras, en los barracones de las cercanías, tocaba una de las más finas orquestas de jazz que he oído. Nosotros, naturalmente, nos trasladamos adonde había mejor música. La clase, indudablemente, conlleva sus privilegios. Y era por ello, también, por lo que, cuando habíamos mandado nuestras crónicas, a menudo nos dedicábamos al descubrimiento de lugares en que pudiera encontrarse buena comida, en que pudieran hallarse licores y mujeres del mercado negro. Y conocíamos las tarifas ilegales. En definitiva, procurábamos pasarlo lo menos mal posible.

No tardé en aprender que ofrecerle a un sargento de transporte una pinta —un «cuartillo» de whisky— me situaba por encima de un general del mismísimo Cuartel General en cuanto a su estima. Sin embargo, ninguno de los corresponsales tuvimos un interés especial en alejarnos demasiado del ejército. No teníamos por qué hacerlo. Era algo que se nos había otorgado. Aunque, no obstante, a veces criticábamos cuanto del ejército nos pareciera preciso criti-

car. Recuerdo a un general de abastecimiento que, mientras leía indolentemente un reportaje acerca del envío de material desde un depósito, decía: «El soldado de Estados Unidos es el peor de los ladrones que imaginarse pueda. ¿Qué es lo que ocurre? Normalmente, nos roba cuanto puede. Si en lugar de robarnos a nosotros robara a los alemanes, mal lo tendría Hitler entonces». Y recuerdo cómo en un destructor en alta mar, las carabinas y los 45 desaparecían incluso del lado de los oficiales, sin que luego aparecieran, pese a que el barco todo fuera registrado, incluso sus tanques de fuel y de agua. Era en verdad como una fiebre por robar.

Los corresponsales, sin embargo, no podíamos apropiarnos de demasiadas cosas, por lo menos al principio; en primer lugar, porque, como ya he mencionado, no teníamos motivos para hacerlo, y en segundo, porque estábamos tan en continuo movimiento que no podíamos llevar cosas superfluas con nosotros. El cielo sabrá cuántos cascos, rollos de ropa de cama y máscaras antigás tuve que regalar, porque yo raramente llevaba nada conmigo allí adonde fuera. En los sótanos de los hoteles de Londres, todavía hoy pueden hallarse baúles repletos de lo que, hace quince años, fue dejado allí por corresponsales que no se preocuparon de reclamarlo. Sé de dos casos.

Tenga o no tenga todo esto valor, aquí está todo, retazos de una época, cuentos de hadas, memorias de un tiempo y de unos hechos, recuerdos de una pequeña parte de una guerra que yo vi y en la que, sin embargo, no creo; una guerra irreal, tal vez forjada con el único deseo de organizar luego desfiles y manifestaciones, y que está en las mentes como puedan estarlo las pinturas de las batallas de Crécy, Bunker Hill y Gettysburg. Y, aunque todas las guerras son un síntoma del pensamiento animal del hombre, en el recuerdo de tales batallas aún hay un poco de gallardía y de nobleza. Algunos hombres fueron asesinados o resultaron

mutilados; pero puede asegurarse que ninguno, estando vivo, llevó a su hogar y a sus hijos simiente emponzoñada.

Ahora, desde hace algunos años, todos vivimos en un ambiente impregnado de miedo, y éste no produce nunca nada bueno. Sus hijos son la crueldad y el engaño, y esa eterna sospecha producto de la oscuridad. Y, tan seguramente como estamos envenenando el aire con nuestras bombas en pruebas nucleares, así nuestras almas van siendo envenenadas lentamente por el miedo.

Los artículos reunidos en este volumen fueron escritos bajo el apremio de la urgencia y en un estado de tensión. Mi primer impulso, al releerlo todo, fue corregir, alterar, evitar sentencias nacidas del furor, suprimir reiteraciones; pero luego toda la crudeza de algunos pasajes me ha parecido tan nacida de la realidad que he juzgado mejor dejarlo como estaba. Todo cuanto aquí se cuenta es, pues, tan real como el hada buena y la bruja mala de los cuentos, tan verdadero e incontestable como cualquier otro de los mitos que asumimos sin mayores problemas.

Hubo una vez una guerra, pero hace tanto, tanto tiempo...

JOHN STEINBECK, 1958